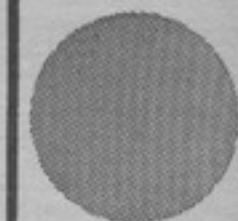


El sacerdote del futuro



EL SACERDOTE DEL FUTURO

El sacerdocio no sería un "estado" como el matrimonio. Profesión de ingeniero, profesión de sacerdote. No más "frailes de misa y olla". ¿Sacerdotes full-time o part-time? Sacerdotes célibes y sacerdotes casados. Una función que algunos no llegan a ejercer. Tomar contacto con las bases. ¿Sacerdotes obreros u obreros sacerdotes?

Hace casi un año, Mons. I. Illich, personalidad discutida pero, innegablemente valiosa, publicaba en Primera Plana varias apreciaciones sobre el futuro de la vida sacerdotal en la Iglesia Católica. El tono polémico de las declaraciones, casi agresivo, pudo hacer que pasaran inadvertidas para los teólogos y los cristianos respetuosos de las instituciones eclesiales. Sin embargo, tal vez por primera vez, se exponía con tanta decisión y claridad, un sentimiento que anida en muchas conciencias cristianas desde hace tiempo, pero nos cuesta confesar.

TAREA Y ESTADO

La disyuntiva es la siguiente. Si el sacerdocio es un estado de vida, está sujeto a múltiples condiciones existenciales: un estado de vida como el matrimonio es "naturalmente así"; un estado de vida como el religioso es "jurídicamente así"; pero si no es un estado de vida sino una tarea concreta a realizar, mientras se realiza, se salva su naturaleza; y no importa que quien la ejerce sea casado o soltero, tenga tal o cual otra actividad. La tarea sacerdotal, ¿es primariamente un estado de vida, como el estado religioso o laical, o es más bien una tarea concreta a realizar, como la del médico o la del ingeniero? **Un estado de vida** se caracteriza por una modalidad existencial absorbente, que influye cada momento del individuo. El **estado matrimonial** significa que ese hombre casado, tiene a su cargo todo el día su familia, y debe vigilar por ella y proveer a su mantenimiento. El **estado religioso** significa que ese hombre consagrado, considera a todo lo largo de su día, y en las más diferentes actividades, que lo principal para él es su entrega a Dios de esa manera especial, que va siendo "recordada" a lo largo del día por su austeridad de vida en la pobreza, su dependencia en la obediencia, su entrega afectiva en el celibato. En cambio, **una tarea, una "profesión"**, se caracteriza por un

conjunto de actividades que ese profesional debe cumplir, concluidas las cuales queda "libre" para sus otras actividades. Un ingeniero construye caminos, ocho horas por día. Evidentemente, psicológicamente, ese "ser-ingeniero" influirá sobre él el resto del día, y tal vez, volviendo a casa, haga comentarios interiores sobre la naturaleza del pavimento que transita. Pero éste es un influjo indirecto, y sometido a su libertad. Su "obligación en cuanto ingeniero" queda concluida con la ejecución de su tarea. Y a nadie se le ocurrirá pedirle que viva "ingenierilmente" el resto de su día.

LA TAREA SACERDOTAL

¿El sacerdocio, es en sí mismo una tarea específica o un "estado de vida"? En la actualidad, **aparece** como un estado de vida. ¿Pero es necesaria y legítimamente así? Actualmente aparece como estado de vida por dos razones: primera, porque el celibato conforma exteriormente su vida. No tener mujer ni hijos lo libera de una serie de compromisos sociales, de educación, de trabajo, y consiguientemente le concede una serie de horas libres, que él dedicará, conforme a sus inclinaciones, capacidades y sanidad mental. Segunda, por la asimilación del sacerdote al religioso. La mayoría de los laicos no han caído en cuenta de la diferencia; muchos religiosos pertenecientes a órdenes clericales, confiesan con paladina sinceridad y reprensible ignorancia, que para él "lo que cuenta" es la ordenación sacerdotal, y le daría lo mismo pertenecer a otra orden religiosa, o a ninguna; y los mismos sacerdotes "seculares", que deberían vivir injertados en el "siglo", es decir, en el mundo, establecen en sus parroquias pseudo-comunidades religiosas, con sus horarios monacales.

DIFICULTADES

Existen cuatro dificultades mayores por las cuales el pueblo cristiano se rehusa a considerar el presbiterado como el ejercicio de una tarea. **La primera** es que parece disminuirlo de categoría, quitarle su aureola de sagrado, convertirlo en un trabajo como cualquier otro para ganarse la vida. El temor encuentra cierta justificación; no pocos consideran efectivamente así la tarea sacerdotal: un modo de ganarse la vida, más, un modo ilegal, que especula con el temor y la ig-

norancia de la gente, y en cualquier caso es totalmente inútil. Pero el mal uso que se puede hacer de un concepto, no lo declara falso, o carente de sentido. A partir del reencuentro de la fe con la vida entera, no solamente el presbiterado, sino toda profesión es sagrada, cuando ayuda para el desarrollo humano (y por tanto cristiano) de los hombres; no hay entonces por qué temer en llamar el sacerdocio presbiteral una profesión que capacita para el ejercicio de determinadas tareas dentro de la comunidad cristiana. Esta capacitación no se alcanza simplemente asistiendo a cursos de teología, sino que requiere una gracia especial, un "carisma jerárquico"; la Iglesia ordena (destina) al candidato al ejercicio del presbiterado por la concesión de un don especial. Otra dificultad: esta concepción parece quitar las exigencias de santidad que el sacerdocio tiene: vida de mortificación y virtudes. Pero el sacerdocio presbiteral como "profesión" no implica una disminución en las exigencias de santidad, que son, por lo demás, las mismas que para todo cristiano: presidir la Eucaristía no requiere menos santidad que recibirla.

La tercera dificultad: proviene del ámbito "apostólico" en que siempre se sitúa imaginativamente al sacerdote: un "fraile de misa y olla" ha sido siempre un ejemplar lamentable. El sacerdote, se dice, tiene que enseñar catecismo a los niños, dirigir jóvenes, orientar matrimonios, enseñar religión en los colegios cuando los gobiernos lo permiten.

¿Podría pues un sacerdote conformarse con celebrar su misa (presidir y realizar la Eucaristía) delante de "su comunidad" y vivir el resto de su día dedicado a su profesión secular, ingeniero o abogado? En último término el problema reside aquí, en confundir la tarea sacerdotal (ministerio de presidir la Eucaristía y administrar los sacramentos) con el carisma del apostolado explícito "full time". Todo cristiano, tiene una obligación de trabajar por la extensión del Reino. Que lo haga de una manera explícita, o implícita; directa (por la predicación) o testimonial (por el testimonio de una vida vivida cristiana y cabalmente en cualquier ambiente, en caridad y fe) es un problema ulterior, que radica en factores múltiples: temperamento, capacidad personal, y últimamente, lo que uno siente como llamamiento. Esto, que vale para todo cristiano, vale por eso mismo para el presbítero. Es decir, tarea sacerdotal no significa apostolado-explícito "full-time"; sino que este es otro "carisma", y cada cual, sacerdote o laico, deberá ver si lo posee o no. La sabiduría existencial de la Iglesia ha previsto esta afirmación, cuando a lo largo de los siglos, y contra las corrientes hiper-espiritualistas, que querían confinar al sacerdote en la administración de los sacramentos, ha mantenido su derecho a ejecutar múltiples funciones en la sociedad; y lo ha explicitado en los documentos del Vaticano II.

Y los hechos lo confirman: hay muchos presbí-

teros dedicados con aplauso del pueblo cristiano a tareas que no podrían considerarse "apostolado explícito". A nadie escandaliza que un sacerdote enseñe matemáticas en un colegio, dirija un canal de TV, o trabaje en el puerto. Pero sigue escandalizando la posibilidad de que ejerza medicina o ingeniería.

La última dificultad es la más seria y verdaderamente teológica. No proviene simplemente de la imaginación o sensibilidad. Se dice: el sacerdote puede ejercitar cualquier tarea humana, porque el sacerdocio no es una función ministerial, una **tarea específica**, como la del ingeniero, sino un estado de vida, una "forma" que convierte en "sacerdotal" toda función que el sacerdote realiza: el sacerdote es obrero o matemático pero "sacerdotalmente".

Los defensores de esta posición traen como argumento la comparación con el sacramento del bautismo, que como el sacerdocio en sus diferentes grados (diácono, presbítero, obispo) "imprime carácter". Del mismo modo que el obrar del bautizado es un obrar **cristianamente**, que afecta las más ínfimas acciones, realizadas en Cristo, también el obrar del sacerdote es un obrar **sacerdotalmente**, que afecta cualquier acción que realice. Es el argumento más serio que se suele presentar. Pero tropieza con serios inconvenientes: **primero**: nadie ha podido hasta aquí determinar en qué consiste ese "plus" que agrega a la vida de la Iglesia el profesorado de matemáticas ejercido por un sacerdote con preferencia al ejercido por un laico.

Segundo: no se ve cómo una realidad perfectamente delimitada (ser-profesor-de-matemáticas) puede sufrir un añadido de una región completamente extranjera, como el tener la potestad de presidir la Eucaristía. **Tercero**: hoy deberíamos al menos replantear, cómo el obrar cristianamente es entitativamente distinto (y superior) al mero obrar "humanamente". La teología del cristianismo-implícito ha progresado bastante como para que ya no sea tan sencillo decir que el obrar del bautizado (supuesta la paridad en los otros aspectos de intención, perfección humana, etc.), es sólo por ello y en cualquier campo "espiritualmente" superior (por supuesto no técnicamente) al obrar del hombre no bautizado. Pero dejando aún eso de lado, no se ve la fuerza del paralelismo, o mejor, prueba demasiado. Es fácil concebir que el hecho de estar bautizado, operar-en-la-gracia-santificante, modifique todo actuar humano, que es hecho así en una unión íntima y peculiar con Cristo hacia el Padre. Pero sí es el "carácter" del sacramento (cuya teología está aún en pininos) el que modifica **entitativamente** el actuar humano, habrá que decir que el actuar de quien ha recibido el sacramento de la confirmación también es entitativamente distinto del obrar del bautizado; y el del diácono (que integra el sacramento del Orden) distinto de los dos anteriores; y el del presbítero distinto de los tres, y el del obispo distinto del obrar de los cua-

tro antedichos. De manera que en el seno de la humanidad tendríamos seis modos de operar **entitativamente** distintos delante de Dios. Y ser profesor de matemáticas-pagano, o cristiano, o confirmado, o diácono, o presbítero, significaría otros tantos modos diferentes de serlo, que afectarían la íntima sustancia de ese operar humano. Parece que el argumento prueba demasiado. Por el contrario, en la línea de la teología contemporánea, se tiende a considerar cada sacramento que imprime carácter como una explicitación y especificación del anterior; el bautismo es la explicitación de la redención que Cristo ha ganado para todos; y la confirmación la explicitación de la fortaleza del Espíritu que ya nos obtuvo el bautismo; y el sacerdocio la especificación y potencialización del mismo sacerdocio común de los fieles del cual participamos por el bautismo. Entonces, en ninguno de los casos se establece una diferente entitatividad de todo el operar humano afectado. Con esto no se dice que el sacerdocio no implique funciones que en el bautizado no están sino potencialmente, y que es menester poner en acto.

CONCLUSION

Así pues en la existencia concreta del sacerdote que conocemos, se dan unidas diferentes "formas" que no es necesario estén **siempre** unidas: se dan en él el "carisma" sacerdotal por la ordenación que lo capacita para el ejercicio de una función; se da en él (en la Iglesia de Occidente), la obligación del celibato, que correspondería estrictamente a un carisma de perfección cristiana (vida religiosa) y que hoy está asociado como condición imprescindible, al presbiterado y al episcopado; se da en él (al menos la gente se lo pide) el carisma del apostolado-directo-explicito-"full-time"; y además se dan en él, múltiples aspectos de actividad que la gente se ha acostumbrado a ver ligados al sacerdote, y no tendrían por qué estarlo.

Si el sacerdocio presbiteral es una tarea específica a realizar, y no un estado, puede desarrollarse en el seno de cualquier forma y estado de vida. Basta con que se cumpla adecuadamente con esa tarea específica; llega entonces el momento de realizar la sutil operación: separar lo que Dios no ha unido, aunque a lo largo de varios siglos ha permanecido unido. Si la realizamos, nos encontraremos con un sacerdocio polifacético, capaz de abarcar múltiples tareas en la Iglesia y el mundo, flexible, más asequible para muchos, más humilde al no exigir a cada uno si no lo que es capaz de dar. Encontraremos al sacerdote padre de familia, que se mantiene a sí y a los suyos con su trabajo y cuya única obligación ministerial es la de presidir dominicalmente la Eucaristía, y en la medida de su preparación, predicar. Nos encontraremos con un sacerdocio polifacético, capaz que está dedicado "full-time" a tareas apostólicas explícitas-directas, desde dar ejercicios espi-

rituales hasta dirigir instituciones. Nos encontraremos con el sacerdocio célibe, que da el testimonio de virginidad consagrada, viviendo o no en comunidad religiosa, pero siempre, teniendo a su cargo, una comunidad cristiana. A él quedarán naturalmente reservadas —por exigencias psicológicas no teológicas— funciones como el administrar el sacramento de la Penitencia, o el aconsejar en problemas de múltiples intereses mezclados; y este sacerdote célibe todavía podrá o no estar dedicado a una tarea apostólica-explicita-directa, "full-time"; o más bien, conforme a su vocación peculiar, estará dedicado a la investigación, la enseñanza, o la contemplación.

Y en cambio desaparecerán ciertas anomalías de la vida de la Iglesia: el sacerdote que nunca, y "por principio", desea presidir una comunidad cristiana, y prefiere celebrar misa en privado, y cuando celebra en público prefiere no predicar, no tiene razón de estar ordenado: ¿para qué ser habilitado para una función que por vocación y principio piensa no ejercer? La comunidad de vida totalmente contemplativa, no necesita más que el número de sacerdotes estrictamente necesarios para atender la vida espiritual y litúrgica de esa comunidad religiosa. No tendrá más sentido hablar de sacerdotes-obreros, que continúa sonando como una realización surgida de una oscura precepción de necesidades, pero es a su vez un paso intermedio hacia formas más nítidas. Pero hablaremos de obreros (y técnicos, y profesionales, y oficiales de las fuerzas armadas) que han sido ordenados de sacerdotes, sin ser raptados de su ámbito normal de vida, para ejercer la tarea que acuerden con el Obispo en el seno de su comunidad cristiana, a quien finalmente corresponde velar por la unidad de este cuerpo presbiteral diversificado. En este momento, la vida sacerdotal perderá su connotación de asimilación a una casta y volverá plenamente a tomar "contacto con las bases". Todas las experiencias, más o menos ficticias, que con excelente voluntad realizan hoy superiores y seminaristas, para "ponerse en contacto con la realidad", perderán el poco sentido supletorio que tienen, para dar lugar a otra verdad, más tradicional y auténtica; el sacerdote será tomado otra vez de la vida cotidiana, no de los pre-seminarios; será segregado de la vida ordinaria: segregado interiormente, en el sentido más valedero, como todo cristiano está segregado desde toda la eternidad; y será segregado exteriormente solamente en la medida de lo necesario.

La segregación exterior —por el celibato—, que pertenece a la vida religiosa, volverá a hacerse nítida, ya que el sacerdote secular volverá a vivir en el "siglo". Y en ese momento, cuando existencialmente se haya clarificado la situación, la teología volverá a preguntarse cuál es la segregación posible a la vida religiosa del siglo veinte, o veintiuno.

Horacio Simian S. J.